

San José, Costa Rica

1925

Lunes 28 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El Gobierno de los Mejores*, por Roberto Brenes Mesén.—*Latinización de un método inglés*.—*Divina Bontemps*, por Alberto Samain.—*Carta de Américo Lugo a Mayorga Rivas*.—*Los discursos de Fritz von Unruh*, por Francisco García Calderón.—*Tablero*.—*Letras españolas*, por Jaime Torres Bodet.—*El filósofo Vaz Ferreira sorprendido en tres momentos*, por Vicente A. Salaverry.—*Ocre de Alfonsina Storni*, por B. Sanín Cano.—*Página lírica de Alfonsina Storni*.—*La Edad de Oro*.—*Libros y lectores*, por Rafael Alberto Arrieta.

El Gobierno de los Mejores

BIENAVENTURADOS quienes no impulsan el progreso de las ideas porque para ellos será la alabanza de consecuentes consigo mismos!

Hay hombres—y a veces han sido grandes—para quienes la juventud fué todo. Sus visiones y ensueños de la primavera empurpuraron hasta las postreras tardes de su invierno. Ellos pudieron ser consecuentes consigo mismos. Mas hay otros hombres cuya alma tiene toda la amplitud de un zodiaco bajo la influencia de cada uno de cuyos signos se produce un reventar de ideas, que es como el reventar de flor allí donde asoma sus tobillos el gracioso Mayo. Almas ricas por donde fluye, a manera de savia, un esplendor solar. Almas solares de zenital altura que derraman, bajo la influencia de cada nuevo signo, una diferente cascada de fulgor, sin importarles ni considerar que, allá abajo, inquietos astrolabios midan los grados de su altura o su desviación respecto del día de ayer.

Alma solar de zenital elevación la de Leopoldo Lugones. En los veintiocho años que lleva ya el curso de su vasta órbita literaria, su renovación ha sido permanente y luminosa. En él sólo han sido constantes la vida y la luz, como elementos esenciales de la belleza de su obra. De luz está tramado su ideal de perfección artística. La animación de su estilo viénele de la agitación vital de las ideas, de la aristocracia de su gusto, que es como la rosa de su genio.

Óyese en sus *Montañas de Oro* el galopar de los Andes en la extensión de la pampa sonora y en sus *Crepúsculos del Jardín* el vuelo de una golondrina rayando un cielo lila. Y entre las sinfonías oceánicas y los trinos de la alondra el genio armonioso de Lugones vuela con majestad sin marchitar su gracia.

En defensa de Lugones

Mas esta volubilidad, congénita de las alas, ha sido el blanco de sus adversarios, desde la aparición de su segundo libro.

Ahora los ataques son más generales. Se mueven en el dominio de las ideas políticas, en donde, de acuerdo con las prácticas que prevalecen, cada quien tiene derecho a votar.

Pero Leopoldo Lugones está en lo justo y será suyo el veredicto del porvenir: el Gobierno debe ser ejercido por los mejores. Tal es el corazón de su doctrina.

Porque suya es, a pesar de los cincuenta siglos de su existencia. Fué la práctica y la doctrina de la raza aria. De la casta de los Kshatriyas o guerreros surgieron siempre los gobernantes y en la prolongada caravana de civilizaciones desaparecidas—o por desaparecer—ninguna pudo levantarse y mantenerse en alto sobre los fundamentos de la democracia, cual se entiende hoy día. La de Atenas fué una venganza eupátrida; la de Roma, una venganza patricia, ambas ejercitadas por la nobleza de las dos ciudades-estados. ¿Qué de extraño, pues, que en la conciencia de un ario se yerga una vez más la espiga de luz de una antigua verdad de la raza? Motivos para hacerla erguirse hay sobrados. Bastaría la sola contemplación del bastardeo de las instituciones generosamente concebidas por los mejores en vista del bienestar de los pueblos, para experimentar piadoso desdén por estas democracias villanizas en las cuales el poder se administra, con muy aristocráticas excepciones, en beneficio de intereses privados, con menoscabo de los intereses de las comunidades.

Los viejos regímenes no fueron perversos en sí. Se hicieron espurios cuando olvidaron el bienestar material, el desenvolvimiento intelectual, las aspiraciones espirituales de los pueblos. Cuando los mejores, cesando de serlo, se olvidan de su misión de elevar y hacer felices a los demás, pierden su derecho a gobernar y suscitando las fuerzas vengativas del mal, las desencadenan sobre sus cabezas: los movimientos democráticos son la obra de las Euménides en castigo de quienes traicionan una santa misión.

La democracia es una crisis tempestuosa. Llegado que haya a la culminación del mal que implica, su descenso será rápido. Los hombres habrán aprendido una lección: no han de gobernar los aristócratas, ni los conservadores, ni los liberales, ni los radicales, ni monárquicos ni republicanos, ni militares ni civiles: sólo tienen derecho a gobernar los mejores. Y en el séquito de Platón se glorificará Lugones.

Pero ¿quiénes son los mejores? Aquellos en quienes arde más vivo amor de sacrificio por la dicha y la elevación de los demás.

No es, pues, una mera distinción de inteligencia, es algo que atañe al corazón, es una exaltación de cuanto hay de más divinamente humano en el hombre. La más completa negación de las comunes características de los políticos.

¿Cuál es la preparación actual de los políticos profesionales? Salvo aristocráticas excepciones, los más carecen de la severa disciplina de las virtudes humanitarias. Persiguen el éxito personal. Agitan, encienden las pasiones con propósitos egoístas. Mendaces son sus promesas, falaces sus declaraciones de principios, rampante su codicia, perjura su fe.

¿Tendrán derecho a gobernar los

tales? Lugones no ha hablado contra esta o la otra forma de gobierno. Ha dicho sencillamente que corresponde a los mejores el derecho de gobernar.

Si en un momento histórico los hombres de espada, por su sentimiento de honor, por su intenso sentido de la vida de sacrificio, por el ejercicio de virtudes que faltan en los políticos profesionales, aparecen ser los mejores, de ellos es el derecho a gobernar. No en su calidad de hombres de espada, sino en su calidad de hombres mejores.

Lugones no se adhiere a la dictadura ni a la monarquía, ni a la república ni al comunismo. Lugones se adhiere al gobierno de los mejores, quienes quiera que sean ellos. Puede que en un país el militar sea ese hombre mejor y en otro el más corrompido.

Las formas de gobierno son transitorias y de valor secundario cuando los mejores gobiernan, porque en todos los casos la voluntad iluminada de sabiduría de los mejores es la ley. Desde *Las Leyes* de Manú hasta el *Código* de Napoleón los legisladores pertenecieron siempre al grupo de los mejores. Estos legislan para el bien público. Los políticos, cualquiera que sea su denominación, sirven intereses de grupo, de clase o de partido. Es posible, sin embargo, que en alguna sociedad los políticos sean los mejores. De ellos, entonces, el derecho a gobernar. En tal caso la expresión mejores es de un valor muy relativo. Sin embargo, no habiendo otros mejores, Lugones no les discutiría su derecho a gobernar.

Con este criterio ¿qué viene a ser la dictadura? Una forma al tenor de la monarquía o de la república. Perversa si el dictador legisla y manda en promoción de sus personales intereses y saciedad de sus pasiones; justa y llena de majestad, aun a lo largo de treinta años, si pesa tal dictadura sobre los hombros de Pericles.

El hecho de que las sedicentes democracias de hoy se hallen gobernadas por los políticos y no por los mejores es precisamente lo que justifica las declaraciones de Lugones. El noble poeta argentino no establece la afirmación de un hecho, sienta un principio de filosofía política preñada de consecuencias para el porvenir: sólo la sabiduría tiene derecho a gobernar.

¡Prosélitos! No los busca Lugones. Supuestas las ideas dominantes en nuestra época, las suyas van llameantes de herejía. No puede, por tanto, inquietarle la sombra de D'Annunzio, cuyo arrojo consistió en dar forma plástica a secretas ansias de muchedumbres que siguieron al condottiere italiano en la realización de sus pro-

pias ambiciones. D'Annunzio fué, al instante, comprendido de todos. Su lenguaje y su acción se integraban para dar realidad a un viejo sueño de Italia.

Lugones está castigado del mismo infortunio de los que miran más lejos. Sus declaraciones se comprenden a medias, o se tergiversan del todo.

Cuando dice, por ejemplo, que «la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática» se le hace decir que fué virtud de las aristocracias como clases sociales. Lo que piensa Lugones es que la tolerancia fué y sigue siendo una virtud de «los mejores».

Cuando hace Lugones el elogio de la espada no piensa en la hoja de acero que sirve al despotismo para bañar en sangre las valerosas manos de quienes hacen la cultura de los pueblos, piensa en la heroica fulgurante espada que limpia de pecados y malvados la república, la espada que se blande a la entrada del santuario donde se guardan las libertades y derechos del hombre, para dar-

los al disfrute de los mortales, como frutos de la ciencia del bien y del mal, en la medida en que por el dominio de sí mismos, se hagan acreedores de ellos. Es el elogio de la espada de fuego del arcángel a la puerta del Edén donde todavía se yergue el árbol de aquella imperecedera ciencia de donde deriva la prepotencia de los mejores.

Las dictaduras militares de hoy no constituyen el ideal de Lugones. Pero ellas adumbran, como en turbio espejo, empañado aún de mancillas horribas, lo que serán los gobiernos de más tarde, cuando los pueblos se fatiguen de transitar por el limoso suelo de las democracias presentes y confíen la dirección de sus destinos a quienes por la indomable virtud de su carácter, por la magnanimidad del corazón y la sabiduría de su espíritu, por un unánime consenso, todos designen con el nombre de mejores.

ROBERTO BRENES MESÉN

Syracuse University,
Setiembre de 1925.

Latinización de un método inglés

Es muy interesante la ley votada estos últimos días, sin discusión apenas, por el Parlamento francés «para poner término a las dificultades de la Hacienda y aligerar la Deuda flotante». Entre cuanto hay de curioso en ella, nada lo es tanto como su artículo primero, donde se proclama—dejémoslo en francés con sus palabras tan expresivas—*le reforcement des pouvoirs du ministre des Finances*. Queda así establecido en Francia un método inglés, bien antiguo, que aplicado con todo rigor desde el día siguiente del armisticio que puso término a la guerra europea, logró restablecer la normalidad económica del Estado y logró restaurar el valor íntegro, el valor-oro de la libra esterlina, y logró algo mucho más importante aún: comenzar la amortización de deudas, que son, después de las alegrías de una fingida abundancia, como cadenas que atan las manos de las naciones y merman su libertad de acción.

Según esta traducción al francés del método inglés, el ministro de Hacienda ejercerá una especie de jurisdicción o supremacía sobre los demás ministros. Hasta aquí, en los países latinos el ministro de Hacienda no tenía otra función que la de arbitrar ingresos para pagar los gastos planeados por sus colegas. Una negativa del ministro de Hacienda a satisfacer iniciativas de los demás ministros, una simple observación eran

considerados en los Consejos de Gabinete y en el juego de la política, como una intromisión intolerable o como una maniobra. Bastaba ello para producir una crisis. De nuestro don Práxedes se cuenta que queriendo desprenderse de un ministro de Gracia y Justicia, encargó al de Hacienda que se opusiera a la creación de dos plazas de ujieres o porteros en determinada Audiencia. Y el ministro en desgracia cayó en la celada, y creyendo defender los fueros ministeriales, se quedó sin cartera. En Francia también han acontecido cosas semejantes.

Con la nueva ley, el ministro de Hacienda, no sólo podrá oponer su veto a toda iniciativa que produzca gasto, sino que tendrá derecho a investigar, por sí o por medio de delegados, el funcionamiento de los servicios en los demás departamentos ministeriales, «para descubrir—dice el texto de la nueva ley francesa—las economías que pueden realizarse en ellos».

Con esta innovación se consagra el aforismo de que donde reside la responsabilidad, debe residir el poder. Así, encargado el ministro de Hacienda de guardar el equilibrio entre los gastos y los ingresos y teniendo la responsabilidad de que haya dinero para pagar todo servicio que encomiende el Estado, únicamente él debe tener la iniciativa de cuantos actos de la Administración su-

pongan o exijan una inversión de fondos. Por razones políticas, por la naturaleza misma del régimen de Consejos de ministros, esta nueva representación del ministerio de Hacienda, no tendrá más que una condición: la información, o el asesoramiento, o la conformidad—como quiera llamársele en cada caso—del jefe del Gobierno.

En lo sucesivo, en cumplimiento de este primer artículo de la ley nueva, todo ministro habrá de consultar con el de Hacienda, previamente, cualquier modificación que intente en las organizaciones burocráticas a su cargo. Establecido este hecho como trámite legal inexcusable, no parecerá depresivo a los políticos que lleguen a los altos puestos de-

seos de ofrendar a la patria sus soluciones y sus iniciativas. No parecerá depresivo tampoco que los funcionarios de Hacienda irrumpan en las oficinas de otros departamentos e investiguen cómo se cumple cada servicio y cuánto podía economizarse sin daño de su eficacia.

Si el sistema se extiende y el método inglés se adapta en los demás países latinos, M. Caillaux merecerá aplausos de toda la latinidad. Ya en la ley de Presupuestos para 1925, aprobada también estos mismos días, ha suprimido 134 oficinas que le han parecido inútiles. Y apenas promulgada la ley para poner término a las dificultades de Tesorería, ha reunido al fiscal del Tribunal de Cuentas y a los jefes de las diferentes

Inspecciones, y ha convenido con ellos cómo va a realizarse, ministerio por ministerio, oficina por oficina, y dependencia por dependencia, la investigación de las posibles economías, que nivelen el Presupuesto, acaben de una vez con los anticipos del Banco de Francia al Estado, eviten los apuros del Tesoro y no hagan necesaria la emisión de más deuda flotante a corto plazo.

Es toda una concepción política nueva para los países latinos, donde los que gobernaron hasta aquí creían que los recursos de una nación son inagotables y que los Estados pueden gastar sin riesgo de quiebra y de muerte cuanto se les antoje.

(De *El Sol*, Madrid).

LAMÁBASE Ludivina Bontemps, y por abreviatura le decían Divina. Era a los doce años una chicuela de gracia pensativa y fina, y de ojos lípidos y pálidos, con un azul frígido de fuente oculta en los bosques. Largos cabellos de un castaño oscuro, como una ola de seda ligeramente ondulada, caían sobre sus frágiles espaldas. Su boca era bonita y grave con la mancha bruna de un lunar en la comisura del labio superior; y detrás de esta boca casi siempre cerrada y bajo la espesura de sus cabellos flotantes, y en el fondo de sus ojos pálidos, se adivinaba escondida una almita deliciosa, animada y salvaje. Rasgos peculiares distinguían en efecto a Divina Bontemps y entre otros, éste que se acusaba ya con un pasmoso relieve.

Dotada de un poder de ternura casi excesiva y de una bondad que se entregaba sin reserva a los seres y a las cosas y brotaba en cálidas efusiones en las profundidades de su alma, retrocedía ante las manifestaciones de los sentimientos, aun los más confesables, como ante un pecado. Nada le era tan penoso como sentir que los demás adivinaban su corazón. Entonces sus mejillas se arrebolaban de súbito sin poderlo remediar, sus ojos se bajaban, y, de insistir indiscretamente, esta emoción podía llegar hasta el sufrimiento.

Era así en todo y ante todo una naturaleza exaltada y secreta. Cuando estaba sola ocurríale a menudo estrechar frenética contra su pecho el juguete preferido del momento; o bien dirigíase con gestos apasionados hacia seres imaginarios con que ella poblaba un rincón de su retiro; hasta abrazaba a veces las flores; y en verdad que tales maneras hubieran asombrado no poco a cuantos estaban acostumbrados a ver en ella una personita silenciosa y reservada en todo.

Había venido al mundo, en cierto modo, con la vergüenza de su corazón. El pudor físico y todo lo que éste comporta de recelosa sensibilidad, parecía en ella trasladado a lo moral; y a la menor emoción develada, el menor sentimiento sorprendido, le causaba

Divina Bontemps

=Del tomo *Cuentos*, por Alberto Samain. La primorosa traducción del francés la ha hecho el admirable poeta argentino Luis L. Franco. Editorial BABEL. Buenos Aires, 1925.

Con este tomo nuestro amigo Samuel Glusberg enriquece la serie B de su Biblioteca BABEL, ya famosa en América por la cantidad y calidad de las obras publicadas.=

el intolerable malestar de la desnudez. Asimismo todo lo que está hecho de penumbra, de silencio, de misterio, atraíala particularmente: las profundidades del jardín, de la iglesia tenebrosa y dulce, la frescura de las piezas desocupadas. Allí se sentía vivir verdaderamente, allí podía desplegarse en la plenitud de su sér. Y no poco de su luz discreta, de su gravedad melancólica, de sus coloraciones atenuadas, de sus perfumes solitarios debía impregnar, para toda la vida, la sustancia delicada de aquella alma. Ella se daba cuenta cabal de lo que perdía con esta inmoderada susceptibilidad de corazón, y, a veces, al comprobar las alegrías fáciles de que voluntariamente así se privaba, sufría hasta las lágrimas. Entonces procuraba reaccionar, prometíase seguir el ejemplo de sus compañeras. Durante una hora, en el transporte del juego, intentaba transformarse. Animación ficticia que decaía casi al punto, de suerte que, a menudo, esa noche misma, anhelosa de obtener algún favor de su madre y en el momento de echarse en sus brazos, se detenía, vacilante, y terminaba por ir a acostarse sin decir palabra.

Tal repugnancia a describir el secreto de sus sentimientos la hacía contraer poco a poco el hábito del renunciamiento; y de este hábito debía nacer, por consiguiente, un gusto apasionado y casi bárbaro por el sacrificio, un extraño apetito de resignación que la llevaba místicamente a las tristezas, y no sin comportar, por lo demás, crueles y refinadas voluptuosidades.

Divina creció, y a través de las crisis de una pubertad dolorosa, su hurañería nativa se desarrolló aún más. Ahora reflejábale al menor contacto. De esto provenía cierta torpeza física que revelaba como con una punta acidulada su belleza esencialmente enternecedora. Sus cabellos sombríos separados en el medio y cayendo a lo largo de las sienes que cubrían, enmarcaban en una ojiva su frente pura, dulcemente abovedada; sus ojos de un azul tenue tenían algo de joyas antiquísimas; su boca casi siempre cerrada, se sumía sensiblemente en los ángulos. Se la juzgaba así fría y hasta desdeñosa; ella se lo dejaba decir, poniendo alguna inconsciente coquetería, para justificar esta opinión, al mismo tiempo que en esto encontraba una barrera moral, que la resguardaba mejor de las curiosidades. Vivía así la vida tianquila de las vírgenes, cuando un episodio sentimental muy sencillo vino a trastornar su existencia.

Un amigo de infancia, Mauricio Damien, volvió a pasar sus vacaciones en provincia. Y hubo de verle y hablar con él—pues éste venía frecuentemente a su casa, debido a las estrechas relaciones que unían a las dos familias—y evocar en las alamedas del gran jardín enarenado de rojo, las niñerías de otro tiempo. Poco a poco, Divina sintió inquietarse su corazón. Las vagas ternuras que en ella flotaban todavía como un vapor matinal, fueron atravesadas por un resplandor dulcísimo. Detalles insignificantes hasta entonces, cobraron a sus ojos un singular interés; las horas monótonas se colorearon: hubo en ella el ofuscamiento y el encanto de una revelación.

Una siesta que se hallaban solos en el gran salón que daba sobre el jardín, la conversación, ficticiamente mantenida, se suspendió y uno frente a otro quedaron silenciosos. Por la ventana abierta ruidos lejanos venían de la ciudad industriosa, rodar de coches, martilleo de fundiciones, ruidos callejeros y el murmullo continuo de las hojas era armonioso como un fru-fru de seda.

La presencia de algo inconfesable entre ellos, llenábalos de una emoción creciente. Divina sentía, hasta la angustia, el malestar que esto le causaba, y su alma latía bajo el velo de sus largos párpados. Para librarse, fué hacia el piano abierto y se puso a tocar. Mauricio se acercó. El corazón le palpitaba tanto, que Divina escuchó sus grandes latidos, irregulares y sordos. De repente, sintió dos labios ardientes, secos de fiebre, posarse en su cuello.

Pero habíase incorporado ya, pálida como una muerta. Igual que un agua súbitamente turbada, sus ojos habíanse vuelto negros; fijó sobre Mauricio una mirada loca, y antes que éste pudiera hacer un gesto, se precipitó fuera del salón.

Todo su sér hallábase en una inexplicable confusión, y le fué preciso largas horas para recuperar un poco la calma. Era el escozor de una insoportable quemadura en lo más sensible de su alma. Toda la dulce sombra en que se envolvía había sido brutalmente violada y sentía la imposibilidad de hallarse de nuevo ante Mauricio. Por otra parte, las vacaciones tocaban a su término, y ella podría invocar cualquier pretexto. Corazón ingenioso en lacerarse, virginidad tan voluptuosa, ella pensaba sólo en tejer alrededor suyo los mil hilos de una trama espesa para ocultar en lo más secreto de sí misma la dulzura del estremecimiento que aun la conmovía.

La mañana de la partida de Mauricio, levantada desde el alba, espío desde su ventana el paso del joven. Sólo separábalos la fragilidad de una cortina de muselina que temblaba en sus manos. Mauricio levantó la cabeza y acortó el paso; pero ella permaneció inmóvil, el alma temblorosa y crispada; y mucho después estaba aún allí, con grandes lágrimas que no caían, en el ángulo de sus ojos...

Mauricio sólo volvió años más tarde. ¡Oh! qué de veces Divina descontó la emociones de este retorno! En provincia más que en ninguna otra parte, en la inmutable monotonía cotidiana, la vida interior asume en los seres propensos a ella una extraordinaria intensidad. Allí se elaboran esos destinos solitarios, monumentos de un alma grandiosa o melancólica, elevados piedra a piedra y día a día en gloria de un sentimiento único. Así durante estos lentos años, Divina había concentrado toda su actividad sentimental en el recuerdo de los dos meses pasados con Mauricio. Ni un solo día cesó de pensar en ello. En el fondo de su alma había edificado una especie de oratorio confidencial, en el cual se encerraba largas horas, entregada a los extenuantes goces de la esperanza. Nadie sospechaba este misterio de ternura que ella guardaba celosamente, y era esto una delectación cuyo anormal refinamiento su corazón, al crecer, gustaba cada vez más.

Cuando de nuevo se encontró frente a frente con el joven, sintió hasta el corazón un frío de parálisis y sólo le tendió una manita inerte y descolorida de muerta. ¡Ay!

ese momento que con anticipación había vivido tanto, ¿no iba a traerle más que una horrible decepción?

Mauricio tomó esa pequeña mano, y en la presión amistosamente indiferente de sus dedos, dejó ver bien que no recordaba el pasado. Divina, alterada al principio, procuró, en los días que siguieron, recobrar su sangre fría. Después de todo, Mauricio era libre y bien podía obrar como tal si verdaderamente nada de ella quedaba en su corazón; pero cada vez que ahondaba este pensamiento se helaba toda su sangre, y veía con una espantosa precisión que moriría antes de despegar los labios.

Dos semanas pasó así, sacudida hasta lo más hondo por crisis convulsivas que la llevaban sucesivamente a las más contradictorias resoluciones. Recogía todo su coraje, confortabase con ciertos indicios favorables, una palabra o una sonrisa en que hallaba otra vez un poco de la antigua dulzura. Mas un instante después, retrocedía azorada ante la invencible repulsión de traicionar siquiera por un gesto el pensamiento que la colmaba.

Entretanto, el padre de una de sus amigas, Lidia Morin, dueño de una importante usina situada a unas cuantas leguas de allí, invitaba a Mauricio a ir a estudiar ciertos mejoramientos. El joven aceptó, permaneció tres meses en el campo, y al retornar estaba comprometido con Lidia.

Fué para Divina un golpe terrible. Como sucede a menudo, ella había considerado todas las eventualidades sin imaginar precisamente la más dolorosa. Algunos días después, una tarde, en la alcoba, como ella arreglase sus cabellos para la noche, presa de repente de una laxitud infinita en todos sus miembros, fué a la ventana y acodada allí, respiró hondamente la frescura nocturna. Era en la primavera. Había caído una tormenta por la tarde; aquí y allá, en las depresiones del suelo, lucían algunos charcos; subía un olor penetrante de tierra mojada y verdores refrescados, y por momentos pasaban algunas brisas tan dulces que hacían cerrar los ojos. Divina permanecía allí, inmóvil, con la pesada cabellera caída hacia un lado; sentía en su corazón y en su carne un desaliento sin límites. De pronto, sobre la ancha acera de la avenida, frente a ella, distinguió a Lidia y a Mauricio que volvían juntos de cierta fiesta de familia. Caminaban lentamente, con el paso de los enamorados, y en el silencio del barrio desierto el ruido de sus voces era casi perceptible. Divina habíase inclinado; los seguía con la mirada perdida y fija, y cuando ellos entraron en la sombra más espesa de los árboles, se dejó caer de rodillas, el corazón desgarrado fibra por fibra por una congoja atroz, y sin una queja, se desvaneció.

Después del casamiento de Lidia, que siguió, Divina vivió sobre los despojos de su sueño. En torno suyo, ninguno sabía nada del drama que había trastornado su corazón. Perdió el color; la onda de sangre luminosa y clara que la esperanza había llevado a la superficie se retiró al interior;

la mirada de sus ojos pareció alejarse; su semblante se hizo más mudo aún. Se presentaron algunos partidos, pero ella los rechazó a todos, experimentando una acre satisfacción al ver hundirse su vida en un callejón sin salida, como si no habiendo nacido para la alegría, encontrase por fin su camino en la tristeza.

Las excursiones, las trivialidades y monótonas distracciones de la vida provinciana comenzaron a pesarle. A todo prefería «su soledad», y, como sucede a los seres cuya vida reconcentrada aviva la imaginación, ella veía en estas palabras, bien al fondo de sí misma, una especie de jardín oculto, un jardín plantado bajo un apagado cielo otoñal, de una flora sombría y muy fragante—yerba y boj—donde ella se paseaba largas horas con su pensamiento.

Cinco años habían transcurrido, cuando bruscamente, en menos de diez días, Lidia fué llevada por una neumonía aguda, y Mauricio quedó viudo con un nene de cuatro años. El dolor del pobre muchacho fué inmenso; él amaba a su mujer con toda la fuerza de una juventud de laborioso, economizada durante el duro período de los estrenos. En esta catástrofe, guiado por el egoísta e inefable instinto, vino a refugiarse donde presentía que podía ser mejor consolado. No se engañaba. Divina, acallando las oscuras resistencias que se agitaban todavía en ella, asumió este nuevo papel, extendió las manos hacia esta corona de espinas y la colocó sobre sus cabellos. Después, poco a poco, gradualmente, mezclando la muerte a la vida en un trabajo de una trama complicada y de una delicadeza maravillosa, supo atenuar el horror de lo irreparable y traer de nuevo la paz cotidiana al corazón desolado de Mauricio.

Así, y por un encadenamiento natural de las cosas, fué como este último, un año y medio más tarde, pensó en pedirla por esposa.

El ensueño de su juventud terminaba, pues, en este afligente epílogo. Ah, ciertamente, no fué sin una dolorosa ironía como vistió, casi a los treinta años, el traje blanco de las desposadas, y ya en la iglesia, algo de sacrificado y de extático se traslució en ella, tan visiblemente, que hasta los concurrentes menos advertidos lo notaron.

En esta nueva morada donde ella venía a «sustituir» a la desaparecida, encontró lo que había previsto: un afecto leal, un hogar melancólico, y la calma. Sin embargo, dos cosas sangraban todavía en ella. Sucedió a menudo que Mauricio tomaba al pequeño René—era el nombre del niño—y sin decir nada le miraba con los ojos nublados; y Divina, adelantándose ella misma al sufrimiento, decía: «¡Cómo se parece a Lidia!, ¿no es cierto, amigo mío?» ¡Que no pudiera en ese momento llorar ella también las tibias lágrimas que Mauricio dejaba correr sin enjugarlas por su barba! No obstante, una gran dicha que no esperaba le llegó. Sintió que iba a ser madre, y este pensamiento reabrió en ella las fuentes agotadas y fué como un agua que salta, que fluye...

Toda su carne, embriagada de ternura, dijérase que empezaba a reflorar.

Una sangre rosa subió a sus mejillas, empujó el borde de sus orejas; una línea adorable de dulzura unió el mentón al cuello, llenó el corpiño, redondeó las caderas; su paso más blando y como apoyado ligeramente reveló la voluptuosidad de las formas plenas, y una tarde de charla feliz largo rato prolongada, vió en los ojos de Mauricio que ella también iba a llamarse el Amor. Fué una embriaguez atónita, una alegría de que no estaba segura, en la cual caminaba a tientas, como deslumbrada.

Una actividad inquieta la poseyó. Se divirtió en las puerilidades de los arreglos, combinó un mueblaje nuevo, hizo tender piezas claras. Proyectada, en cierto modo, fuera de sí misma, en una pasión de esperanza, por la primera vez de su vida se sintió feliz. Llegó a soñar en un viaje a los países del sur, hacia los mares tibios, entre las ciudades de nombres melodiosos, donde el aire tiene el perfume de la miel...

De repente René cayó enfermo de fiebre tifoidea; en vista de su condición, el médico prohibió formalmente a Divina aproximarse al niño, pero sin tener en cuenta este corazón extraordinario. Desde el primer momento, hubiérase dicho con el alma en penitencia, ella se instaló al lado del pequeño y durante diez días, a pesar de todas las insistencias, vivió en la pieza emponzoñada, durmiendo apenas algunas horas, intermitentemente, en un sillón sin desvestirse. Sufrió la sublime fascinación del sacrificio, su consagración tenía algo de irresistible y alucinado, y así marchaba transfigurada en el aire de fuego del heroísmo puro.

René se salvó; pero demasiadas emociones la habían asaltado a ella; su salud estaba irremediablemente comprometida y sólo dió al mundo, a través de mil sufrimientos, un niño que no vivió más que algunos días.

Así, la vida se encarnizaba con ella; y al verla redoblar sus golpes podía pensarse que el Destino quería completar su obra, desarrollar hasta el fin el armonioso martirio de una criatura elegida, y hacer dar a esta alma macerada en el dolor, su perfume más suave.

Después de pasajeras e instintivas sacudidas en su carne maternal, Divina aceptó este duelo supremo con la insondable dulzura de las resignaciones profesionales. Ah!, cuán a menudo su corazón anhelaba la paz definitiva del convento; detrás de sus grandes murallas, mullidas de silencio, el reposo hubiera sido tan dulce a su alma fatigada; y muchas veces, aspirando la dulzura lejana de las blancas celdas y de los largos corredores pavimentados de piedra azul, tendía los brazos hacia esos tranquilos retiros, que son como las antesalas de la muerte. Pero ella se debía a su marido, bien que después de la horrible prueba no se sentía con fuerzas para comenzar de nuevo la vida; y además, allí estaba René, el niño que ella salvara y que un nuevo bautismo de dolor había, en cierto modo, hecho suyo.

Quedo, pues, volvió a descender al fondo

de su corazón y se encerró allí, reservando para el exterior una máscara de indecible tristeza. La tendencia secreta de sus pensamientos, el resorte interior de su vida la incitaban ahora a una dádiva perpetua de sí misma; todo le servía de pretexto para inmolarse; y lo hacía de manera de evitar hasta el beneficio del más pequeño reconocimiento. Por otra parte, obrando así, esta alma extrañamente replegada no se engañaba; gradualmente, por un desalojo, por una perversión admirable de su personalidad, ella había llegado a trasponer su vida en las otras. Ninguna alegría directa la afectaba ya; no parecía vivir ahora por su cuenta, sino alimentarse exclusivamente de la felicidad de los seres que la rodeaban; y su sensibilidad, siempre igualmente viva, pero en cierto modo, desencarnada, habíase vuelta del todo espiritual.

¡Alma discreta y apasionada cuyos principios una evolución constante utilizaba cada día! Por otra parte era siempre la misma de antes, y si ocurría que el abate Pascal, su director, le hablaba de la complacencia excesiva de ciertas naturalezas con las amarguras del renunciamento, se sentía enrojecer de repente, alcanzada en los secretos repliegues de su corazón por la palabra verídica del sacerdote.

Pasaron muchos años. Mauricio murió accidentalmente, y como a la muerte de Lidia, su primera mujer, había comprado una concesión y hecho levantar un monumento, fué enterrado al lado de ella. René concluyó sus estudios, y casi inmediatamente recibió la oferta de un empleo lejano en las colonias, que podía llegar a ser el punto de partida de una brillante carrera. Como dudaba a causa de Divina, que él amaba como a una madre, fué ella quién le obligó a aceptar, rompiendo así el último lazo vivo de su corazón.

Y de nuevo se entregó a la soledad.

Alquiló una casita alejada del centro de la ciudad, en una calle desierta, de pavimento verdoso de musgo, y que bordeaban en parte los muros en un jardín de hospicio.

El día entero, en las piezas adornadas con antiguos muebles, bañadas por una luz crepuscular en que se descolorían fotografías envejecidas, circulaba sin ruido o permanecía horas inclinada sobre una gaveta, arreglando piadosamente conmovedoras reliquias.

Sus ojos, como gastados de haber esperado demasiado, no tenían ya color, y bajo sus cabellos blancos, su faz de tonos de cirio fino, patinada por las penas, pulida por las lágrimas, de carne utilizada, fundida, espiritualizada, aparecía tal como un tabernáculo conmovedor y precioso que dejaba filtrar por sus intersticios el puro resplandor de un alma incomparable.

Vivía así, entre sus recuerdos, de las jornadas monótonas y dulces, vuelta a la costumbre de su infancia. Sus únicas salidas eran a la iglesia vecina, y allí, abismada en la oración y el alma ya toda ligera y libre, tenía el temblor impaciente y melodioso de las palomas que van a volar.

Sin embargo, siempre parecida a sí misma, Divina *no osaba* pedir la muerte a Dios.

ALBERTO SAMAIN

Carta de Américo Lugo a Mayorga Rivas

Santo Domingo, 12 de julio de 1925.

Señor don Román Mayorga Rivas.

San Salvador.

Distinguido señor:

Acabo de leer en REPERTORIO AMERICANO su composición poética *¿Qué es mi vida...?*, y me apresuro en escribirle para decirle que me permita besar su mano, porque ella me dió a conocer a Montalvo, ha mucho tiempo, a la hora de «la puesta de ese sol», como Ud. decía en un artículo que ha quedado vibrando en mi memoria como sonido de un corazón parecido al mío.

¿Por qué no escribe Ud., de nuevo, algo digno *de ese sol*? Ni Rodó, ni Zaldumbide, ni Blanco Fombona ni Agustín Yeroví me satisfacen tanto como Ud. cuya admiración por Montalvo es la más sincera, la más plena y la más noblemente expresada.

El hondo pesar sagrado que los versos de Ud. revelan, encontraría en esa empresa apropiado lenitivo: el inimitable autor de *Siete Tratados* también ha sido un gran amor espiritual de su vida cuya aurora quedaría así unida a la edad proveya por el hilo de oro de una pasión juvenil. ¿No ha dicho Alfredo de Vigny que una gran vida es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura?

Besa a Ud. otra vez la mano con el más rendido respeto,

AMÉRICO LUGO

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos Trabajos modernos

Calle del tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

HACE un año, en una comida de escritores, conocí a Fritz von Unruh. Le rodeaban y exaltaban poetas y críticos franceses. Oficial prusiano que combatió en Verdun, miembro de una aristocracia de señores de la guerra y hoy fervoroso defensor de la paz, combatiente y más tarde agente de conciliación internacional, semidios rubio, personaje apolíneo cuando canta, tribuno de violentas arengas; en su actitud, en su silencio, en sus andanzas descubrimos al director de hombres.

Nació en 1885. Fué consagrado por su padre que era general, desde la primera mocedad, a la carrera de las armas. Ingresó en la escuela de cadetes. Al empezar la gran guerra era oficial de ulanos. Fué herido, vivió meses angustiosos; en Verdun conoció la miseria de las batallas. Su libro sobre el sacrificio expresa su inquietud. Se juzgó asesino, esperó que la muerte lo libertaría de atroces pensamientos. Había visto a sus hermanos bajo el negro imperio del terror. Todo había terminado en ellos a la hora del asalto, ideas, propósitos, sentimientos. «Un miedo mortal transformaba a todos los cuerpos con el salvaje instinto de conservación». Esta era la guerra verdadera, pánico, angustia, crueldad, y no la declamación de los que no combatieron, la exaltación ilusiva de los que vivían y prosperaban en las ciudades.

Acaban de ser publicados en edición francesa sus discursos que son vibrantes admoniciones. Para ellos conquistó siempre inmensa audiencia, catorce mil en Damstadt, siete mil en Karlsruhe, en Viena cuatro mil. Como Henrich Mann, obedece al imperativo de la razón, a esta clara dictadura no de pasiones que turban sino de razones y previsiones. El 24 de junio de 1923, en el Reichstag, ministro asesinado, «Canciller de la Razón». Allí condena acerbamente a los falsos profetas del Dólar. Sólo es invencible el Espíritu, exclama. No han muerto en vano los héroes si, como herencia de su acción prestante, queda la convicción de que no bastan las armas para fundar la grandeza de un imperio.

Un «nuevo imperio», he aquí la esperanza general, una poderosa construcción política que abandone la violencia y prepare el concierto de los pueblos de Europa. Alemania renunciará al odio si triunfan estos ministros de paz. En el país desorbitado y humillado veremos entonces el repentino señorío del amor. Si predicara equilibrio y amistad quien renunció a combatir, si estuviera dominado por «la enfermedad del terror», no lo escucharían los jóvenes y, con el alma en tensión constante buscarían por

Comentarios

Los discursos de Fritz von Unruh

(El Comercio, Lima).

otros caminos, «la púrpura frenética de salvajes victorias». Von Unruh puede convertirse en agorero. De muy cerca ha visto la tragedia de su nación, la siente todavía, soberbiamente la describe, no olvida el dolor de las trincheras, el «infierno de Ipres», aquellos altos lugares combatidos por la metralla donde encontraron los soldados «un Getseman».

Muere para renacer, *Stirb und Werde*, dice él a su pueblo, recordando el consejo de Goethe. Europa, el continente envejecido, debe sufrir también cambios radicales. El escritor observa miseria y hambre, degeneración, signos de una catástrofe venidera. «Henos aquí rodeados de los calores de Europa incendiada, escribe. Bajo nuestros pies, vertiginosas profundidades, abismos del cristianismo en disolución». El poeta condena la «civilización atrocemente material» de Occidente. Por el arte aspira, según las mejores tradiciones, a la libertad. Pide a Goethe visiones, lee el Fausto a fin de desnudarse de sentimientos inferiores, «la bestialidad del orgullo, del lucro, del odio, de la lujuria, de la venganza». Reniega de los falsos jefes, de la servidumbre ante Mamón. En las grandes ciudades contempla, en torno al templo del dinero, a la Bolsa, una alegría venal; cuentas en los bancos, pero no sentimientos en los corazones, «como si Satanás se hubiera convertido en padre para nosotros y fuera nuestra madre la prostitución de Babilonia, y su hija Dólar fuera nuestra novia».

Solo está, para enseñar y exhortar. Firme como la roca en medio de la tormenta. Contra él poderes congregados, burla y desconfianza, «las inteligencias con anteojos», miopes y mediocres; la indiferencia de los que no vieron cómo moría el hombre despedazado en las trincheras y se extendía por la tierra un temblor de apocalipsis. El cree y afirma. Su fe está alimentada por el sentimiento, fuente segura y fecunda; por «un corazón que desborda y se enseño-rea de la vida».

Busca la paz, pero no como los pacifistas con una extraña retórica. Es, en cierta manera, guerrero, pero contra sí mismo, con la misma energía que puso, hace diez años, en matar a enemigos, en destruir a un pueblo finísimo. Conservará la vida, su riqueza, su poder, después de una prolongada agonía; la existencia de millones de hombres amenazada por

futuros conflictos. «Este deber y esta suprema disciplina, dice, que nos imponemos a fin de acrecer la libertad y la justicia en una comunidad traicionada por la anarquía de los estados y de las corporaciones, es tarea que sobre nosotros gravita como inevitable fatalidad y nos obliga a responder: «no podemos obrar de otra manera. Ella nos empuja más allá de los estrechos muros de nuestras fronteras natales».

Ah! esta «bandera sin color de la Humanidad», gritan los incrédulos, los partidarios del *egoísmo santo* de cada patria. No quieren ni sosiego ni unidad. Nadie intimida a von Unruh, soldado de la gran guerra, ni los «blasfemadores de corazón de piedra» ni los «especuladores de lúbrica avidez». No teme difamaciones, insultos, amenazas. Los nacionalistas le han condenado a muerte. El se dirige a sus conmlitones, a sus amigos. a aquéllos que vivieron en «agujeros de fango bajo la nieve y, al buscar un apoyo cuando hacían explosión los obuses, encontraban el cráneo de un hermano en descomposición». Abrazos, millones de hombres, exclama como en la Oda de Schiller. No quiere que el escepticismo le domine. En el alma lleva al continente, a una Europa que afirma su unidad, se organiza para vivir plenamente.

Fitchte pensaba en Alemania y en su espíritu, pero para vengarse de otras naciones, con un desdén explícito a los estados latinos. Este nuevo y generoso profeta, con suntuosas imágenes, como D'Annunzio en sus cantos o Nietzsche cuando Zaratustra anuncia su duro evangelio, sueña en la Humanidad. Se ofrece en holocausto para que acabe el reino del odio. En los fuertes habita la dulzura, según el Libro Santo. De estas odas ásperas y viriles se levanta no la guerra sino el amor.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, Julio de 1925.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Con los autores:

M. VINCENZI.—Antonio Mediz Bolio. San José de Costa Rica. Imp. Trejos. 1925. pp. 40.

Del hombre: siete páginas. Del libro (*La Tierra del Faisán y del Venado*): veinte páginas.

Pedimos: más parquedad en las simpatías, menos agresividad en las diferencias.

Decimos: hay declaraciones discutibles.

Sugerimos: Difunda más el señor Médiz Bolio su libro, que hay almas dispuestas a leerlo y estimarlo. ¡Los buenos frutos del contacto directo!

Lo demás pasa.

J. FRANCISCO VILLALOBOS.—*Burbujas de Oro*. San José de Costa Rica. Imp. Trejos Hnos. 1925. pp. 40.

Palabras de estímulo del finado crítico dominicano don Fco. García Godoy.

Cantares. Ingenuidad. Alma abierta a veces a evidentes y originales sugerencias poéticas. El símbolo es perdurable. La síntesis.

Citas:

V

En aquel muro derruido se alza gallarda una flor; no es una flor, es el nido donde canta un ruiseñor

VI

Déjame abierta la herida, oh peregrino, recoge tu lanza, y llévate mi odre de vino en pago de la venganza

XIX

¿Dónde vais buen caballero? Habéis torcido el camino, y no lleva buen destino quien se ha torcido primero.

XXV

Limpio mal mi carabina en la sombra. En derredor zumba un cohete volador y mi trabajo ilumina.

Hay otras meditaciones poéticas. Léase el folleto.

Prosas breves también.—Con menos aciertos. Epiloga (mejor dicho, doctoraliza) don Moisés Vincenzi. Es justo y acertado su juicio. Pero que no dicte normas estéticas.

Insinuación: siga escribiendo el señor Villalobos.

MARÍA DEL ROSARIO ULLOA ZAMORA.—*Dramatizaciones Infantiles*. San José, Costa Rica. Imp. Nacional. 1925.

Tablero

—1925—

¡Loado sea Dios! ¡Alguito quedó de los arrinconados Programas de Educación del Sr. Brenes Mesén! Porque las dramatizaciones de la señorita Ulloa Zamora, como preocupación artística escolar, al influjo de ellos nacieron.

¡Nos olvidábamos! Encomía el trabajo el señor Quesada S.

¿Del contacto de la autora con los niños?...

Las dramatizaciones son diez y seis.

Nos han placido más: *Entre las hadas y Princesas y pastoras*.

Las dramatizaciones geográficas, dentro de lo que aspiran tales ejercicios, están bien.

Huya la autora de los temas de encargo. Lo lamentable sería que pedagogizara las dramatizaciones. Lo que con ello se ganaría como procedimiento, se perdería como emoción estética perdurable. Y esto es lo esencial.

Insinuación: Maneja la autora el diálogo y lo dispone con gusto, ¿por qué no recoge y espiritualiza, hasta tornarlas en símbolo, esto es lo perdurable, las dramatizaciones populares infantiles de Costa Rica: *Mulita Mayor, San Selérín*, etc? ¿Por qué no las incorpora a nuestra literatura? Con arte pleno, sin que intervengan los mayores con su moral estereotipada y antipática, sin retóricas, sin moralejas preconcebidas: pensando tan sólo en que se dramatiza para un auditorio netamente infantil.

De otra suerte se corre un peligro: que la dramatización se torne recurso pedagógico de viejos, en vez de ser emoción artística perdurable para niños. Para el caso: menos moraleja, menos docencia, más ensueño: ¡por ahí me iría...!

gm.



Nuestro amigo Ventura García Calderón nos remite un tomo de *Recits de la vie americaine*, compilados y publicados por él. Diez y nueve cuentistas hispano-americanos aparecen traducidos en el tomo: J. S. Alvarez (*Fray Mocho*), H. Quiroga, J. de Viana, Payró, Leguizamón, Lugones, R. Palma, etc. Costa Rica tiene puesto de honor en la serie con dos de sus escritores: R. Fernández Guardia y Magón. Colabora el primero con el relato *Un gentil homme pirate* (de que es traductor el mismo Sr. Fer-

nández Guardia), y de Magón aparece *L'Eclipse du soleil*, ya famoso.

De Fernández Guardia se dan estas referencias:

Comme le maître péruvien Ricardo Palma dont l'influence est si large sur la littérature d'Amérique, M. RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA sait joindre à l'amour pour les élégances du passé colonial, la vivacité impressionniste d'un bon élève des Goncourt. Ses livres amusants et vivants sur Costa-Rica, son pays, ont un charme romanesque, car il sait, comme les délicieux historiens du XVIII^e siècle, que «l'histoire est le roman qui a été, et le roman, l'histoire qui aurait pu être.»

De Magón se dan estas otras:

La littérature de Costa-Rica semble avoir un très heureux penchant pour les récits populaires. En attendant la publication des pages de deux jeunes maîtres, Mlle. Carmen Lira et M. J. García Monge, nous sommes heureux de traduire ici une des charmantes fantaisies où Manuel González Zeledón, plus connu sous le pseudonyme de MAGÓN, raconte avec sa finesse paysanne et son amour pour les humbles, une spirituelle anecdote locale. Nous l'empruntons à la collection de contes intitulée *La Propia* et publiée à San José de Costa-Rica, par notre ami García Monge.

Los traductores son: Max Daireaux, F. de Miomandre, Valery Larbaud, C. Pillement, J. Casous, etc. Todos muy conocidos de los lectores habituales de la *Revue de l'Amérique Latine*, mensual de muchos méritos que hace años ve la luz en París.

Creemos que este libro de relatos americanos del Sur, «cuentos de amor y de odio», muy españoles por cierto, serán una sorpresa para los lectores franceses curiosos.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

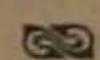
SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

UN nuevo libro de Eugenio d'Ors no es, no puede ser un motivo para hablar de su obra ¡tan presente al espíritu de nuestros trabajos y de nuestros juegos! Es, sólo, una nueva ocasión.

Nadie ha sabido, como él, adueñarse de las juventudes pensantes de hoy. Y lo logra, naturalmente, por la alegría y la fe en que deben resolverse (y se resuelven de hecho) la melancolía y la duda de los que son fieles a su pensamiento.

Desde la *Bien Plantada*, que es el poema más hermoso con que los últimos años hayan enriquecido el tesoro español, hasta las notas de *Glosario*, deshojadas a la rosa de los vientos, la obra de d'Ors desarrolla una línea propia, noble, erguida, armoniosa. Todo gran hombre es, fundamentalmente, un curioso. ¿Recordáis las páginas de André Gide sobre Simbad el Marino? Como el mercader de las islas orientales, sólo gana, a la postre, el que arriesga todo a perderlo en un golpe de azar y sólo el que gusta de las tormentas hallará placer en la seguridad ociosa de la bahía bien resguardada. Nuevo sentido de la cordura que modifica el criterio de Ulises. Para practicarlo, habría que desanudarse del mástil de la Odisea y abrir bien el oído a la canción de las sirenas.

El pie del que bordea un abismo es más ágil, más fino y—digámoslo de una vez—más inteligente que el pie del que recorre, sin peligros, la ancha carretera de la pampa. El vértigo de las ideas es como el de los precipicios. Aguza la sensibilidad y hace de toda la piel del espíritu un oído, un olfato, un ojo atento y luminoso.

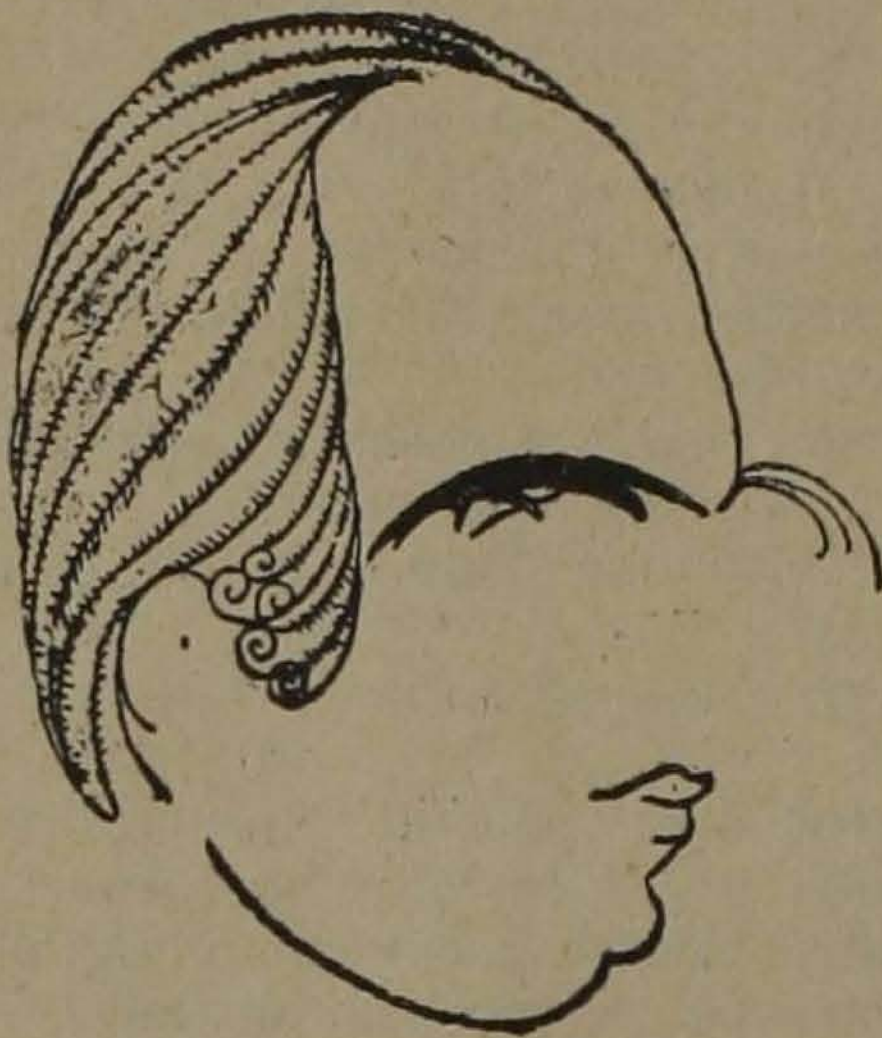
Eugenio d'Ors representa, en España, esa inquietud de desinteresada conquista. Lo seduce lo que a otros acobarda, y su serenidad—¿por qué esta palabra acuña siempre en el recuerdo el perfil augusto del anciano de Weimar?—es una serenidad vibrante, hecha de sacudimiento y de temblor, como la luz en la rápida trasmutación de los colores sobre el disco de Newton.

Su inquietud realiza el *Schaudern* goethiano, o sea la práctica del es-

Letras españolas

EL MOLINO DE VIENTO

Un nuevo libro de EUGENIO D'ORS



Eugenio d'Ors

(Visto por BAGARÍA).

tremecimiento. El ansia de pensar, el temor y el valor de equivocarse son sólo un martirio para los débiles. Todo pensador ama a la verdad con amor parecido al del *Curioso Impertinente* en la novela cervantina. No le satisface su posesión si, antes, no pone a prueba su fidelidad y sólo lo consigue ofreciéndole oportunidades de caer. ¿Que muy pocas serán las que no caigan? ¡Mejor! El mundo no puede construirse sobre un haz de verdades inestables y no olvidemos que la solidez es la fidelidad de las ideas.

D'Ors no es solamente un sembrador de inquietudes. Esta gloria, un poco romántica, le dejaría insensible. Lo que persigue, sobre todo, es orientar las inquietudes que despierte o las ajenas que halle en el espíritu que toca. Por otra parte, prefiere tocar muchos espíritus a la vez que uno solo. Es, en este sentido, más un maestro que un poeta y un conductor más que un amigo.

Como guía es implacable. A veces, se detiene en la noble perspectiva del paisaje abstracto en que se goza. Su gesto se hace más lento, casi afable. Creeis que va a sonreiros, por fin, la sana amistad. Os equivocabais. Escoge, por más corto, el camino más recto, y va de prisa porque la

distancia que se propone recorrer no es de las que toleran la perezosa ondulación de la poesía.

Hay en el vigor con que os conduce a sus fines cierto desprecio de vuestra vida personal que es muy de un jansenista de la abstracción. Por encima de la felicidad de un segundo está, para él, la dicha que rebosa del vaso de la Obra Bien Hecha que él mismo escribe así, con mayúsculas respetuosas, y a la cual deberemos sacrificarlo todo: el orgullo del estoico tanto o más que el placer del epicúreo.

El título del último libro de d'Ors es buen símbolo de su obra toda. Afianzado, como la Musa en el célebre poema de González Martínez, *con las pezuñas a la tierra—con las pupilas a la altura*, el molino gira según la voluntad tornadiza del viento pero guarda un oculto sentido de selección y no descuida los deberes de la tierra, Su ley: el trabajo. Su cielo: el capricho viviente de las nubes. Su ofrenda: la harina de que harán los hombres su pan.

Obra ajustada, en todo, a ese principio de humanidad y de aprendizaje no parte de la moral, pero la encuentra. Si buscáramos con paciencia—y con alegría!—tal vez nos sorprendiera hallar, en los orígenes, el *gusto*, la voluntad estética de crear y de perpetuarse en la obra creada pues toda actividad es sangre y pulso, *ritmo*, mientras toda pereza es un principio de muerte, *silencio*.

Pero no confundamos. La corriente del juego hace diletantes. Es el viento por el que gira el molino. Para sostenerlo, hace falta la fuerte trabazón de piedras, ¡de lodo, acaso!, que es su base y que, en la obra espiritual, es la renovación diaria de esfuerzo. Todo d'Ors está en este equilibrio: Inspiración, Milagro, y, por otra parte, Trabajo, Paciencia, Aprendizaje de todos los momentos. El milagro completa la paciencia humilde pero se produce solamente a su conjuro. ¡Gran reforma a la doctrina de la Gracia, el más expresivo de los dogmas cristianos!

JAIME TORRES BODET

México, D. F.

TODOS los estudiosos de América saben que en el Uruguay existe un filósofo excepcional, sutil, profundo y erudito: Vaz Ferreira. Al Dr. Carlos Vaz Ferreira podríamos verlo en tres lugares donde resaltara su enorme talento y su gran alma de niño.

En la cátedra de conferencias

Ha llegado hasta la Universidad, en compañía de su esposa (una dama enlutada que parecía protegerle de los transeúntes al llevarlo del brazo) y seguido de una hija. El Dr. Vaz Ferreira conduce amplia cartera de papeles crujientes. Entran en el salón de actos públicos las dos mujeres, en tanto el maestro avanza por el corredor.

A poco, Vaz Ferreira aparece en su tribuna. Se acerca a una pequeña mesa y deposita encima la cartera, cuyo contenido extrae; prende la luz próxima, puesta en uno de esos artefactos con pantalla verde que usan los directores de orquesta, y tras de pasear su mirada por la sala, con el gesto complacido de quien ve en todas partes caras que ya conoce, dice unas palabras tan llanas y cordiales que nos recuerdan a fray Luis de León, reapareciendo ante sus discípulos de Salamanca.

El maestro reanuda su lección, interrumpida el otro viernes, y nos dice cosas tan sutiles como éstas:

—Es mejor apagar la luz que no estar con una luz mala.

Teme que no se comprenda la intención y entonces puntualiza:

—Una luz mala, sin embargo, puede ser buena cuando el que la lleva sabe su insuficiencia.

Apareció la duda, esa terrible duda de todo buen filósofo. Vaz Ferreira acaba de atacar la presunción de los «omniscientes».

Es imposible anotar sus palabras totalmente. Entonces, más despreocupados, nos damos a observar la «parte externa»: el espectáculo, por así decirlo. De un lado, está el filósofo; en otro, llenando los rojos sillones de felpa, un público heterogéneo. Por las tribunas superiores avanzan, con manifiesta curiosidad, cabezas juveniles.

Sentado ante la mesa, el doctor Vaz Ferreira ha puesto bajo la claridad anaranjada de la bombilla eléctrica un rimero de papeles. Eran hojas en las que no aparecían, orladas de garabatos intraducibles, arriba de dos docenas de palabras. A veces el filósofo las pasa rápidamente. En ocasiones, los vocablos anotados, con ser tan pocos, le sugieren conceptos

El filósofo Vaz Ferreira sorprendido en tres momentos



que exigen una prolija explicación de veinte minutos.

Las blancas hojas se crearían, antes que el esquema arquitectural de una profunda lección, los apuntes febriles de un desordenado poeta.

—De las emanaciones de la lógica —va deslizándose el maestro— sale la justicia. De la justicia emana la bondad.

Y hace distinguos buidos entre el «yo lógico» y el «yo afectivo».

El público le oye con profundo recogimiento, no obstante lo abstruso que hácese el tema por momentos. ¿Se comprende al filósofo?... Dan ganas de creer que sí.

A todo esto, Vaz Ferreira, tan parco de ademanes, que no levanta el brazo izquierdo de sobre la mesa, cambia incesantemente la expresión, aunque sin alterar el tono: un tono de confidencia. De repente, dominando una idea, evidencia ese gesto de agrado que hemos visto en los gauchos, tras de frenar un potro; otras veces dibuja el ceño esa dolorosa y elocuente arruga de la dificultad. Vencida ésta, los labios finos sonríen, enseñando la blancura obsesionante de los dientes, unos dientes firmes y compactos.

Y pensamos.

Pensamos en el esfuerzo de este hombre que debe estudiar sin descanso para ofrecer a su auditorio, semanalmente, una disertación escura y profunda, quintaesenciada; que dure sólo una hora. Y lo vemos pálido, con palidez ascética, magro y frágil, como si el cuerpo fuera apenas una caja para encerrar el espíritu. De pronto hace un movimiento brusco, como si tuviera hipo, un movimiento que corta su voz dulce y apasionada, por entero varonil. (También en la voz de María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa excelsa, había una vibración musical y este fuego atenuado). El temperamento nervioso se acusa en el maestro de conferencias, por más que el filósofo se domine. Aparece clara su cordialidad cuando mira, como sonriéndoles camaraderilmente, a los que escuchan.

El público que ha reunido aquí el prestigio de Vaz Ferreira no puede ser más distinto: Un médico famoso se ha sentado junto a un músico; y éste tiene al lado un bardo. Más allá hay un gran facundia, que tiene a su derecha una maestra. Por aquí varias siluetas femeninas de encomiable elegancia. Allá detrás un racimo de alumnas de la Universidad de Mujeres. De este lado un retratista francés que se especializa con nuestros políticos. Enfrente un estanciero viejo, hombre gordo y retacón, de cráneo calvo, atezado, con un brillo de goma...

El Dr. Vaz Ferreira mira a todos con la misma visible ternura. Y nosotros recordamos la frase aquella de Onís:

—Sólo debe llamarse maestro a quien nos ha dado una lección de amor.

Parece obstinado en defenderse del uso de los lentes, que requiere continuamente, pero que no deja un minuto cabalgando en la nariz. Las manos son pálidas, descarnadas... Les cae la luz como en un cuadro místico. Y desde nuestro asiento descubrimos las venas azulencas, dignas de Zurbáran.

Cuando el reloj dice al maestro que debe concluir el acto, él balbucea unas palabras. Y su público, como movido por un resorte, se pone de pie. Como no hay efectos, sino análisis, no hay aplausos. Tampoco hemos visto que vaya alguien y lo felicite. El filósofo mete sus misteriosas carillas en la cartera y sale. Al final del corredor se le aproxima su señora e hija (o hijas) y escapa de la Universidad, entre consecuentes auditores que lo admiran, acaso profundamente, pero que no exteriorizan su entusiasmo.

Y el filósofo se pierde por las calles (verbeneantes a esa hora) de la ciudad multánime que, distraída, no repara en la importancia de aquel hombre, aparentemente endeble, cuyo brazo libre ha tomado una mano familiar...

En el Círculo de Armas

Aunque dista de ser un hombre mundano, el filósofo no es un temperamento hurraño. Díjese que se place sentirse mimado como los niños. Uno de los pocos sitios donde es fácil encontrarlo, fuera de su casa o la Universidad, resulta el Círculo de Armas. No se crea un esgrimista a Vaz Ferreira. Su simpatía es para el bizarro juego de la pelota, en que son maestros los vascos. Juega a la pelota, tal vez, para corregir el mal de su vida sedentaria de meditador. Si gana un partido, un alborozo infantil le anima el rostro. Fué Vaz Ferreira suave y candoroso lejos de la cátedra, quien nos dijo un día:

—Hay hombres en los cuales se renuevan totalmente las células cerebrales; y otros, por el contrario, conservan células de cuando eran niños. Aquéllos son fríos, orgullosos, egoístas. Estos otros, afectivos, apasionados, ingenuos. De mis discípulos sólo conservo amistad con los de segunda categoría.

Se explica, pues, que Vaz Ferreira no disimule su fondo añinado.

A veces, sale temprano (para dar una clase) de su quinta de Atahualpa y se queda a almorzar en el Círculo de Armas, elegantizado el restaurante desde no hace mucho con muebles y papeles oscuros.

Un día, Vaz Ferreira nos invita a acompañarle. Come sobriamente, con un poco de cerveza para complemento. Mientras saboreamos el fiambre, el autor de *Lógica viva* nos declara:

—Mi idea hubiera sido «hacer filosofía» desde la cátedra de conferencias; pero luego, ante mi público, me ví en el deber de ocuparme del problema de la juventud.

Y trasciende de un modo manso y afectivo sin disconformidad.

—Entre el público y yo se dijera que hay un vidrio. Falta el contacto que establezcan las preguntas.

Nosotros interrogamos:

—¿Desearía usted un cambio continuo de ideas?

—Confieso que me satisfaría más. Pedí, en vista de que me faltaban interruptores, que me mandaran objeciones por escrito. Pero esto no hace que desaparezca la frialdad.

Al revés de otros sabios, el doctor Vaz Ferreira no trasunta despreocupación por su indumentaria. Viste con cierta corrección. Su cuello es

nítido, su corbata correcta. El mismo bigote, sin aliño, no acusa abandono. Tiene este hombre una noble cabeza de alta frente y finas facciones. Llamán la atención los ojos, que negros y móviles, perspicaces con lo externo, denuncian una intensa vida interior.

Van llegando comensales. Dos médicos, un ingeniero, un militar... Todos saludan al pensador con fina deferencia. Vaz Ferreira les sonríe (mostrando el blancor de sus dientes) con candidez de niño. Aun los mozos tratan al filósofo con blandura insólita, como si vieran en el Dr. Vaz Ferreira una fragilidad que no evidencian los demás clientes.

No tenemos más remedio que aludir de nuevo en este capítulo al maestro de conferencias. Hace muchos años, dando sus cátedras de Literatura y Filosofía, Vaz Ferreira se hizo de un público adicional, un público ávido y atento, por el estilo del que ya hemos descrito. En esa época el escritor se prodigaba en una forma absurda, dando dos o tres lecciones esquilmanes, como las que da ahora por semana. Tan meditadas, tan concluidas, que equivalían al dictado de seis u ocho libros sobre cuestiones pedagógicas, sociales, filosóficas, etc.

De ahí vino la idea que dió origen al decreto del señor Batle y Ordoñez, creando por ley la cátedra de conferencias, que empezó a funcionar en 1914. Se trataba de colocar, a un hombre tan excepcionalmente dotado, en condiciones de «producir». Con las conferencias del primer año, tomadas taquigráficamente, salieron tres volúmenes de pedagogía (equivalentes a un curso completo) y el admirable libro *Sobre propiedad de la tierra*.

Pero luego, para economizar (!), se suprimió el taquígrafo. Y el maestro de conferencias, plácido, estoico, no gritó; aun cuando debió sentir una honda amargura viendo cómo se perdía, para todos, aquel su enorme esfuerzo mental.

El retiro del filósofo

El Dr. Carlos Vaz Ferreira vive en una quinta de Atahualpa, barrio frondoso y fragante que queda muy cerca del Prado. Nosotros vamos hasta la casa del pensador en una época en que no hay flores. Una verja sencilla, varios árboles desmenados y enredaderas que los abrazan. Ningún atildamiento en el jardín, pero la vivienda tiene el orden y el confort de un *home*.

El dueño nos recibe, acogedor, en la puerta, y nos pasa a una estancia muy amplia, con ventana al jardín, que le sirve de despacho. Un amigo

artista ha dibujado originales y severos muebles que luego ejecutó el carpintero. Mesas de trabajo y anaqueles, así como la caja del armónium, que destaca a un costado, fueron hechos con roble. Graciosos herrajes dan un aire noble, de vetustez, a todo. El amigo pintor que dibujara los muebles ha decorado el techo, donde luce el negro y el rojo fundamentales en las estilizaciones autóctonas.

No sabemos cómo ha llegado a hacerse el filósofo de esta propiedad, por más que lo imaginemos. El Dr. Vaz Ferreira figura como socio de uno de los abogados montevideanos más solicitados. Todos los años el estudio jurídico produce buenas entradas. Y el abogado famoso siente complacencia repartiendo aquellos ingresos con el sabio, que acaso resulte, como fenómeno nemotécnico, un incomparable asesor.

Por lo demás, Vaz Ferreira, sin ánimo de que lo refiriésemos, nos contaba un día los modestos comienzos. Casóse con la elegida de su corazón, una mujer protectora, maternal, cuando sólo recibía 75 pesos como catedrático. Una parte de ese dinero lo entregaba a la madre. El matrimonio tenía por todo moblaje una cama, una mesa y dos sillas. Tan pobres estaban que no poseían tirabuzón y las botellas las abrían golpeando sobre la pared, con el almohadillado protector de una toalla.

Pero eran ambos tan apasionados por la música que decidieron adquirir, con una operación de crédito, un armónium. El catedrático fué a una casa de música y trató el instrumento apetecido, cuya sonoridad le encantara. Valía 300 pesos, una suma enorme para él. Se lo llevaron a la casa. Pero he ahí que entonces se apercibe de que tan decantada sonoridad la lograba el armónium acoplándolo a un piano. No hubo más remedio que hacerse del piano, que valía 400 pesos, aun más que el armónium. Hubo, pues que comprometer el porvenir. Les faltaría todo lo demás, pero no la música. Y, a su modo, los cónyuges lograron ser felices, dentro de su pobreza.

El Dr. Vaz Ferreira es melómano por herencia, como lo fué la malograda María Eugenia. En presencia nuestra ha tocado en el armónium, introduciendo el rollo correspondiente, trozos magníficos de los grandes maestros. Nos hizo soñar, en tanto su magro cuerpo se estremecía en el duro asiento y los pies presionaban enérgicamente los pedales.

Aquel despacho era, en ese instante, una antesala del paraíso.

Luego nos enseñó sus obras, impresas y en preparación. Sólo re-

niega de la *Psicología*, que ha tratado de retirar, esa *Psicología* que aun se estudia en la Argentina. La *Lógica viva*, que escribió hace 16 años, le sorprende ahora por el cúmulo de observaciones que allí pudo encerrar.

—¿Cuál es su libro predilecto—inquirimos.

—El que no he hecho — responde a nuestra pregunta. — Cada escritor trata de hacer un libro con una idea original. Yo quise apartarme de esa senda. Haría una revista personal para desarrollar las diferentes cosas que se me fueran ocurriendo. Estas mismas cosas las ampliaría o las desearía después, en otros números: *Carlos Vaz Ferreira* iba a ser el nombre. Por reparos que se me hi-

cieran, llegué a esta concesión: le pondría título: *El fermentario*. Iba a ser un libro, mi verdadero libro, que no se acabaría nunca, hasta después de mi muerte...

—¿Y por qué no lo hizo? — extrañamos.

—Por... ¡porque costaba mucho! Para hacer estas cosas, en un medio como el nuestro, hace falta... tiempo y dinero.

—¡Y talento! —barbotamos.

—Talento, naturalmente.

El Dr. Vaz Ferreira ha realizado esfuerzos enormes, que el medio aun no aprecia bien. ¿Qué asombro no evidenciarían sus compatriotas si vieran un sujeto levantando una caja de hierro con cada mano?... Y bien; esta es la proeza del maestro de conferencias en el orden intelectual.

Una cosa ha de agradecerle la juventud a este hombre que prodiga la enseñanza superior, no profesional: su afán de dirigirla. A veces estudia 19 horas diarias, como cuando quería explicar a Einstein. Otra vez apareció en la tribuna para desautorizar las nuevas ideas de Lugones, que él cree equivocadas. En ocasiones, Vaz Ferreira, solo, ha realizado toda la obra aleccionadora de esa Facultad de Filosofía y Letras que nos falta.

Por eso desconcierta un poco ver a este hombre magro, sonriente, candoroso, que parece débil... y realiza esfuerzos que estarían vedados a un titán.

VICENTE A. SALAVERRY

(*La Nación*, Buenos Aires).

DICE la poetisa a quienes se complacen en escuchar sus palabras aladas, llenas siempre de un hondo sentido humano, que así pudo llamarse *Ocre* esta colección de versos como *púrpura, rosa ó verde*. En su concepto, el título de un volumen de poesías es cosa de poco monto, y Alfonsina propone que los poetas usen de los números romanos para designar sus obras, sin afanarse poco ni mucho por buscarles un nombre significativo. En este caso sucedería lo que ha pasado con algunas sonatas inmortales, designadas por sus autores con el número de orden, al cual le ha añadido la posteridad calificativos de un intenso significado emocional o artístico. Si al volumen de versos de que vamos hablando le hubieran puesto un numeral cualquiera para diferenciarlo de sus antecesores y de posibles términos de la serie futura, no sería raro que el público hubiese inventado la palabra *Ocre* para servir de referencia, porque una gran parte del libro está como bañada espiritualmente por tonos de este valor. Yo, por mi parte, habría escogido el título de *Iridiscente*, para tratar así de calificar con un vocablo el ambiente cerebral suscitado por la obra y la desconcertante personalidad de la artista.

El carácter distintivo de esta rica naturaleza poética es la fuerza inteligente. Todos sus poemas dan la idea sana de un esfuerzo vital que se desenvuelve orgánicamente, según las leyes naturales, para florecer en un bello concepto expresado en formas armónicas. La inteligencia es toda la vida de Alfonsina Storni; pero, como sucede muy a menudo, el poeta suele tener en poco aprecio o desconocer en absoluto la cualidad primordial de su espíritu. Es más aún: según la ingeniosa teoría de Jules de

Ocre de Alfonsina Storni

Gautier, el mecanismo del conocimiento está arreglado de tal manera que el hombre ha de conocerse a sí mismo distinto de lo que es, cualesquiera que sean los esfuerzos hechos para rectificar la noción primera. Su fecunda crítica de ciertos aspectos del conocimiento hace más inteligibles al lector ordinario los personajes salientes de las novelas más difundidas, e ilumina con luz nueva los recodos de aquel movimiento que sobrecogió al mundo de las letras con el nombre de romanticismo. Dentro de las teorías de Gautier cabe también cómodamente el pirandelismo, fenómeno literario cuya boga está fundada sin duda en el hecho de que todos somos en la comedia o farsa del mundo, más o menos pirandelianos.

Alfonsina no quiere ser inteligente; su empeño está puesto en ser una sensitiva. Lo es, sin duda, porque su proteica inteligencia puede afectar todas las formas de la actividad espiritual, pero, ante todo y sobre todo, en este tomo de versos hay un claro talento representativo y lógico. Podemos verlo en acción en su soneto a Cristo; en las palabras a cuyo conjuro se yergue mudo y gregario el habitante de Marte, o en la descripción de la vida, como se contiene en el poema *Existo*. Y en más de un robusto soneto, cálido de emociones y de encantados matices, surge de repente un «porque», un «si bien», un interrogante agresivo, el pensamiento en forma de hipótesis, señales que da la inteligencia de que quiere recobrar sus derechos en ese mundo de la vida exterior y de las sensaciones violentas.

Si Alfonsina Storni hubiera sido un hombre y hubiese vivido, como nació, en Suiza, nos habría dado probablemente versos como aquellos de Amiel, hálitos de una inteligencia que se consumía a sí misma; y en Inglaterra habría sido algo como Mathew Arnorld, otra columna intelectual del siglo XIX, historiada con bellas rimas, densas de pensamiento y de preocupación moral.

Pero Alfonsina creció en el Sur, y tiene en sus venas sangre de la antigua raza que en sus conquistas del mundo llegó a dominar las riberas del Mar Negro. Además, esta interesante mujer es hija de su siglo, siente la vida con una vehemencia telúrica y quiere someter su razón a su sensibilidad, como si inversión semejante fuese posible. Ella atisba el instinto, lo cultiva, le suelta desbocado por las avenidas de la vida y describe con deleite los estragos que hace el bello animal entre las gentes. Pero no hay que engañarse: el instinto no va tan suelto que la inteligencia alerta y dueña de sí misma no conserve las riendas, aunque sea a gran distancia.

Alfonsina expresa en tersas rimas su odio a la memoria. Fea cosa es la memoria, verdaderamente: nos acosa día y noche con el recuerdo de nuestros errores; nos muestra en el cielo de la inteligencia los lugares inaccesibles; a veces nos impulsa a la repetición de unas mismas palabras o unos mismos hechos, con tenacidad de verdugo, exponiéndonos a perder el juicio. Pero, como las lenguas de Esopo, nos produce también instantes de absoluto, de completo y simultáneo deleite intelectual.

De otro lado, la memoria es la lente más eficaz y más socorrida de ese faro que ilumina los objetos con la luz del conocimiento. Sin la memo-

ria, la vida de nuestra mente sería fragmentaria, pálida, inconexa. Pensar es, en una gran parte de su curso, hacer memoria de accidentes ocurridos en nuestra peregrinación por el mundo, para combinar el recuerdo de ellos en diversas formas y sacar consecuencias. La imaginación se adelanta, en apariencia, a la memoria, pero aquélla trabaja con los elementos que le ofrece su compañera inseparable, ya que la mente no puede imaginar nada que no esté basado en el conocimiento.

El proceso mental de estas poesías está indicado en las líneas anteriores. Es el esfuerzo de una garrida mente moderna para supeditarse a la sensibilidad y al instinto. El espíritu fuerte, penetrante, ubicuo, quiere someterse con humildad y perseverancia a la carne que le apasiona. Y en este tenaz propósito de desespiritualización suenan a veces las estrofas como espadas de Toledo, y saltan chispas con los más cautivantes colores del espectro.

El proceso es visible, y el resultado tanto más hermoso cuanto más difícil resulta el empeño. La inteligencia pugna por someterse al instinto en toda la extensión de sus potencialidades, pero, malgrado el vigor de los instintos, la inteligencia alza de cuando en cuando el rostro maravillado y lanza expresiones que la delatan en medio del estruendo pasional suscitado por ellos. En estos momentos, la expresión poética de Alfonsina Storni llega a su más alta, más rica y más adecuada expresión. El hombre artificial del siglo xx es una lucha del instinto y la inteligencia, a la manera en que el hombre fisiológico, según la teoría no superada aún, es un combate entre microorganismos antagónicos. Estas bestias minúsculas señalan el estado de salud del individuo con su preponderancia o su decaimiento. La corriente vital que pasa por estas poesías es la lucha entre una grande y bien amueblada inteligencia y el fuego de una exquisita sensibilidad. La pugna es interesante, como son los choques entre dos fuerzas de la naturaleza.

Volviendo a la comparación con las poesías de Amiel, es de ver cómo predomina en ellas la idea pura, una luz quemante, fuliginosa por instantes y siempre triste. Leyéndolas, parece como si algo hubiera quedado por decir, como si la expresión poética estuviese oprimida por el anhelo de comprenderlo y explicarlo todo. Cuando aquel ingenio apesadado y noble abandonó la poesía, dejó a un lado el instinto y quiso entregarse a las solitarias complacencias del intelecto, llevó a cabo la obra maestra de su vida: el diario del hombre que se

miraba pensar y que admiraba su pensamiento.

En Alfonsina Storni, el interés de la obra literaria estriba en que su vida espiritual ha seguido una corriente inversa a la indicada por los libros del ginebrino. Como en ella no ha predominado ninguna de las dos fuerzas sobre la otra, el resultado ha sido doblemente interesante. No sé qué maravillas hubiera podido realizar en verso su generoso pensamiento libre de las obsesiones del instinto; tampoco alcanzo a imaginar lo que serían sus versos, despedidos por el sendero de la vida, conducidos por el instinto sólo, dueño absoluto de sus fueros, invencible y despótico. Sería, en todo caso, difícil de superar el encanto que emana de estos versos, cuando el lector recorre el volumen, contemplando entre líneas la lucha tenaz que llevan empañada esos dos componentes de un brioso temperamento poético.

Citar es difícil. Por cualquier parte por donde el libro se abra saltan chispeantes las imágenes, brota la comparación inesperada, cautiva la franqueza de la expresión o sorprende la gimnástica sabia de la realización prosódica. Dícese que los sonetos de este volumen no son sonetos, porque las rimas de las dos cuartetas ni se abrazan ni se besan. Es verdad que se vuelven la espalda como las águilas en el escudo austriaco, pero, ¿acaso no observan la misma actitud en los sonetos de Shakespeare? Decir que los sonetos de Alfonsina Storni no son sonetos es un magnífico principio de clasificación. No son décimas tampoco, ni seguidillas, y eso tenemos ya adelantado en la descripción del soneto. No es la de la forma shakesperiana la única libertad que

se han tomado excelsos poetas con el *bel carne* del Dante y de Petrarca. Giosué Carducci llegó al colmo de la irreverencia haciendo un soneto en que los versos de diez alternaban con los de once sílabas. No era soneto, como los de Petrarca o Fóscolo, pero es un pequeño poema descriptivo de un poder evocativo irresistible.

B. SANÍN CANO

(De *La Nación*,
Buenos Aires).

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por
JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia,
Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI
Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.
Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga
ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chai, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Men-
ta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVES-
CENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Página lírica de Alfonsina Storni

=Del tomo *Ocre*, (Poesías), Editorial BABEL, Buenos Aires, 1925.
Una hora de encanto ha sido para nosotros el trato con esta alma singular y bella de Alfonsina Storni. El aroma penetrante de sus palabras se lo traemos a nuestros amables lectores en esta página. Digánnos: ¡Gracias! =

SOY

Soy suave y triste si idolatro, puedo bajar el cielo hasta mi mano cuando el alma de otro al alma mía enredo. Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa, ni se acurruca tanto en un ensueño, ni cupo en otro cuerpo, así pequeño, un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento como pájaros vivos, un momento, aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende, y sé callar cuando la luna asciende enorme y roja sobre los barrancos.

PALABRAS A MI MADRE

No las grandes verdades yo te pregunto, que, no las contestarías; solamente investigo si, cuando me gestaste, fué la luna testigo, por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando, en tu seno de fervores latinos, yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro te adormeció las noches, y miraste, en el oro del crepúsculo, hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera, y la envuelve una nube de locura ligera cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros, arrullada en un claro cantar de marineros mirar las grandes aves que pasan sin destino.

CANCION DE LA NOVIA

En el corredor fresco, que los valles domina, a pequeñas puntadas coso la blanca tela; de vez en cuando miro la paloma que vuela y el insecto de oro en la tenue cortina.

Se me acercan, descalzos, deliciosos chiquillos, y en su nariz pequeña, de transparente cera, mi dedal se introduce. Reímos. Uno espera a mi lado con una canasta de membrillos.

Grandes cactus sedientos sobre arenas doradas, y cigarras sonoras, y piedras calcinadas, se asoman a mis largas siestas, sin que concluya este lento desfile de puntos por mis manos. Y a ratos, en el aire que impregnan los manzanos, van y vienen dos frases: Eres mía. Soy tuya.

TU QUE NUNCA SERAS...

Sábado fué y capricho el beso dado, capricho de varón, audaz y fino, más fué dulce el capricho masculino a este mi corazón, lobezno alado.

No es que crea, no creo, si inclinado sobre mis manos te sentí divino

y me embriagué, comprendo que este vino no es para mí, mas juego y rueda el dado...

Yo soy ya la mujer que vive alerta, tú el tremendo varón que se despierta y es un torrente que se ensancha en río

Y más se encrespa mientras corre y poda. Ah, me resisto, mas me tienes toda, tú, que nunca serás del todo mío.

DUERME TRANQUILO

Dijiste la palabra que enamora a mis oídos. Ya olvidaste. Bueno. Duerme tranquilo. Debe estar sereno y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora debe ser fresca, su decir ameno; para tu oficio de amador no es bueno el rostro ardido del que mucho llora.

Te reclaman destinos más gloriosos que el de llevar, entre los negros pozos de las ojeras, la mirada en duelo.

¡Cubre de bellas víctimas el suelo! Más daño al mundo hizo la espada fátua de algún bárbaro rey. Y tiene estatua.

ODIO

Conozco tu secreto, cuerpo mío: tuviste una imagen latente en tu rojo ramaje: detrás de las pupilas, entre la carne triste, la imagen realizaba su callado tatuaje:

Te penetró en el pecho con tan viva agudeza, que el corazón de cera, celoso de llevarla, para mejor ceñirla, para mejor guardarla, llegó a tomar la forma de la amada cabeza.

Si ya el amor es odio, y vergüenza, y despecho, a riesgo de morirte, la arrancarás del pecho como Sansón, un día, volteara los pilares.

Y si quedaran rastros de sus dos ojos bellos te vaciarás los vasos sanguíneos y por ellos harás correr el agua salada de los mares.

CARA COPIADA

Es la cara de un niño transparente, azulosa, como si entre los músculos y la piel de la cara una napa de leche lentamente rodara. En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese cutis de lavada azucena otra cara se esconde, fuertemente esculpida; es aquella del hombre que le ha dado la vida y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena:

Mira con inocencia y es dura su mirada. Su sonrisa es tranquila y en el fondo es taimada: hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda que dan los besos largos y en su nariz la honda codicia de la especie. ¡Y carece de culpa!

OLVIDO

Lidia Rosa, hoy es martes y hace frío. En tu casa, de piedra gris, tu duermes tu sueño en un costado de la ciudad. ¿Aún guardas tu pecho enamorado, ya que de amor moriste? Te diré lo que pasa:

El hombre que adorabas, de grises ojos crueles, en la tarde de otoño fuma su cigarrillo. Detrás de los cristales mira el cielo amarillo y la calle en que vuelan desteñidos papeles.

Toma un libro, se acerca a la apagada estufa, en el toma corriente al sentarse la enchufa y sólo se oye un ruido de papel desgarrado.

Las cinco. Tú caías a esta hora en su pecho, y acaso te recuerda... Pero su blando lecho ya tiene el hueco tibio de otro cuerpo rosado.

RUEDA

La casta y honda amiga me dice sus razones: —Soy joven, no he vivido. ¿Mi marido? Un engaño. Tengo tres hijos, veo rodar año tras año en uno como lento sueño sin emociones.

A veces descerojo, tentada, mis balcones, por ver el hombre fino, el soberbio, el hurano. Inútil. ¡Si pudiera curarme de este daño! Ay, el amor no es juego que arregle desazones.

Las atenúa, acaso; mas los hombres, mi amiga, no me valen la pena de un ensayo: desliga mi corazón, cercado, su más viva lisonja.

Tengo el cuerpo perfecto y la boca rosada, para el amor más alto yo fui seleccionada, pero escondo mi fuego bajo un velo de monja.

II

LA OTRA AMIGA

Y otra amiga me dice: —Las mujeres mentales perdedoras salimos en negocios de amores. Tenemos, ciertamente, muchos adoradores: buscan pequeños sorbos en caídas vestales.

Su corazón lo ponen no en las espirituales, que fatigan al cabo. Como cultivadores adoran lo que crean: piensan que las mejores son aquellas plegadas a sus modos carnales.

Las mujeres mentales somos las plataformas: mejoramos los hombres, y pulimos sus normas; refinan en nosotras su instinto desbocado,

Y cuando, ya cansadas de esperar, les pedimos el corazón, en cambio del propio que les dimos, se lleva una mediocre lo que hemos adornado.

III

Y AGREGA LA TERCERA

Acaso se lo lleva la que menos le cuesta. Halló en ella más fácil la vida ya pesada. Todo cerebro activo lleva un alma quebrada y el hombre, en las mujeres, busca un poco de fiesta.

Cuida mejor la casa la mujer que es modesta y no tiene una vida mental imaginada. Si del hombre que adora se comprende engañada recibe lo que sobra, y a su lado se acuesta.

No por esto posee la mujer, todo entero, al que, sin ser amante, puede ser compañero; acaso él también sueña lo mismo que soñamos.

Y, sobre el nudo diario de su vida tranquila, y mediocre, allá arriba, luminoso, vigila un ideal femenino, cuya clave ignoramos.

EL ENGAÑO

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo que habrás de abandonarme, friamente, mañana, y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana otro encanto el deseo, pero no me defiendo.

Espero que esté un día cualquiera se concluya, pues intuyo, al instante, lo que piensas o quieres. Con voz indiferente te hablo de otras mujeres y hasta ensayo el elogio de alguna que fué tuya.

Pero tú sabes menos que yo, y algo orgulloso de que te pertenezca, en tu juego engañoso persistes, con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa, y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa, no eres tú el que me engaña; quien me engaña es mi sueño

FEMENINA

Baudelaire: yo me acuerdo de tus Flores del mal en que hablas de una horrible y perversa judía acaso como el cuerpo de las serpientes fría, en lágrimas inducta, y en el daño genial.

Pero a su lado no eras tan pobre, Baudelaire: de sus formas vendidas, y de su cabellera, y de sus ondulantes caricias de pantera, hombre al cabo, lograbas un poco de placer.

Pero yo, femenina, Baudelaire, ¿qué me hago de este hombre calmo y prieto como un gélido lago, oscuro de ambiciones y ebrio de vanidad,

En cuyo enjuto pecho salino no han podido ni mi cálido aliento, ni mi beso rendido, hacer brotar un poco de generosidad?

TERNURA

Septiembre. El duraznero, florecido, decora las ventanas del cuarto. Las manos de la madre están blancas, exangües, y, sobre ellas, el padre pone los labios buenos, tibios, y los demora...

Son jóvenes, son bellos y se aman. El niño de diez días, desnudo, llora en el desaliño de las telas nevadas y estampadas de flores. Canarios de oro cantan bajo los corredores.

Es la siesta. La madre saca el seno jugoso, blanco y suave. Trasiaga su líquido precioso a la boca del dulce animalillo lerdo

Que ejercita, al sorberlo, su delicia primera, recogido en el brazo de amarillenta cera que le ciñe la nuca. Yo miro y te recuerdo.

¿DE QUÉ ME QUEJO?

¿De qué me quejo? Es cierto que me bajé hasta el fondo del alma del que amaba, y lleno de sí mismo lo hallé, y al tacto helado de su helado egoísmo dudé que el globo fuera, como dicen, redondo.

¿De qué me quejo? ¿Acaso porque el cuerpo, en su daño, afiebrado se arrastra en zig-zag por el suelo, y el monstruo pecho hinchado le impide alzar el vuelo, pues dentro el pulpo negro, crece, del desengaño?

¿De qué me quejo? ¡Gracias! Mantengo todavía vértebra sobre vértebra. Hacia la melodía mi fina red nerviosa aún puede, con anhelo,

Tenderse, oír los dulces, inefables, sonidos. En mis cuencas aún giran los ojos, sostenidos, y aunque pesados se alzan hacia tu luz, ¡oh cielo!

VERSO DECORATIVO

La niña vió a la luna en el azul estanque
que en medio de los pinos servía de pecera.
(Piernas de cazadora, suelta la cabellera,
y el fino seno blanco celoso de su arranque).

De un elástico salto llegó junto a la fuente,
hundió las blancas manos, tomó el disco de oro,
y al cargar junto al cuello el redondo tesoro,
la cabellera negra se le tornó luciente.

Y huyó bajo las selvas. Su grito de alegría
hasta los dulces nidos de las selvas subía,
e, iluminando el bosque perfumado, la vieron,

Cargada de la luna, pasar los abedules,
y siguiendo en el aire la curva de sus tules
ejércitos de pájaros cantando la siguieron.

DEJAD DORMIR A CRISTO

Dejad dormir a Cristo: desde el duro madero
ha veinte siglos oye: «Interceded por nos».
De su pecho de palo, sensible al lacrimero,
ya extragisteis, sobrado, lo que cabe en un dios.

Dejad dormir a Cristo y si estáis en naufragio
hacia otro calmo puerto desamarrad las velas
que, obligado a dentista por el mayor sufragio,
bastante os ha curado los dolores de muelas.

Veneno le pedisteis para mojar la flecha,
propicia sombra y viento para encender la mecha,
lo bajásteis al lecho que el diablo presidía.

¿Quién dijo que era un pozo jamás desagotado?
Huyendo de los hombres, por sobre algún tejado,
habéis de verlo, en fuga, dejar la cruz vacía.

UNA

Es alta y es perfecta, de radiadas pupilas
azules, donde acecha, perezosa, una Eva.
Su piel es piel de fruta. Su blanca carne nieva
y sus trenzas se tuercen como gruesas anguilas.

Un bosque de oro crece en sus blancas axilas.
De los árboles rompe la yema fina y nueva.
Su boca es de la muerte la tenebrosa cueva.
Su risa daña el pecho de las aves tranquilas.

Pasó ayer a mi lado, las caderas redondas,
los duros muslos tensos soliviando las blondas,
los labios purpurados, y miedo tuve al verla.

Pues, de tal modo es ella, ya, la predestinada
que, se comprende al verla, camina, abandonada,
hacia el hombre primero que debe poseerla.

PALABRAS DE LA VIRGEN MODERNA

Dame tu cuerpo bello, joven de sangre pura,
no moderno en el arte de amar, como en la hora
que fué clara la entrega, en mi boca demora
tu boca, de otra boca negada a la dulzura.

Si tu sabiduría no me obliga a malicia,
ni tu mente cristiana me despierta rubores,
ni huellas de hetairas enturbian tus amores
en mi franqueza blanca todo será delicia.

Y así como a la Eva, cuando, cándida y fiera,
las verdades supremas le fueron reveladas,
me quedará en las manos, a tu forma entregadas,
la embriagante dulzura de la fruta primera.

ALFONSINA STORNI

Calle Cuba 3011. Buenos
Aires, Rep. Argentina.

La Edad de Oro

Ya está listo para la venta el
tomo I de LA EDAD DE ORO, lec-
turas para niños compiladas por el
Editor del "Repertorio Americano".
El Índice da una idea de la cali-
dad y alcances del libro:

Afanasiev: La Zorra, la Liebre y el Gallo,
Anónimo: Romance del Conde Arnaldos.
Azorín: La raposa mortecina.
Banchs, Enrique: La gaviota.
Borquez Solar, A: Las flores.
Brenes Mesén, R: Sueño de Cádiz.
Caballero, Fernán: Tío Curro, el de la
porra.
Cajal, Ramón y: En el cuarto oscuro.
Caldas, Frco. José de: La nivelación de la
papa y del maíz.
Castillo Lendón, Luis: El cacao.
Darwin, Carlos: Darwin se siente avergon-
zado. El Jaguar.
Dominguez, Manuel: Todo se utiliza en el
algodonero.
Gamboa, Isaías: Excelsior.
Gómez, Máximo: Carta.
Guido y Spano, Carlos: At home.
Guzmán, Ernesto A: Agua de riego.
Herodoto: La aventura de Arión. Coloquio
entre Solón y Creso. Muerte de Atis-
Creso en poder de Ciro.
Ibarbourou, Juana de: El vestido de doña

Rana. Los juegos. Sobre las abejas. Los
árboles. La lluvia.
Junqueiro, Guerra: La molinera.
Laval, Ramón A: Cuentos chilenos de nunca
acabar.
Lugones, Leopoldo: El poder de la ilusión.
La burra coja.
Machado, Manuel: Castilla.
Martí, José: El cuento de los cuatro elefan-
tes. Cultivo una rosa blanca... Tiene el
leopardo un abrigo... Los dos príncipes.
Carta a su madre. Petrona Revolorio.
Masferrer Alberto: La historia del carbunco.
Mistral, Gabriela: El cardo. Obrerito.
Montalvo, Juan: Elogio de la pobreza. Sin
buena voluntad, no hay caridad.
Nervo, Amado: Llénalo de amor. Enciende
tu lámpara. Dar.
Palma, Ricardo: Anécdota. La fiesta de San
Simón Garabatlillo. El alma de Judas.
Pallais, A. H: Los caminos después de la
lluvia.
Quiroga, Horacio: El loro pelado. La abeja
haragana.
Rojas, Aristides: El florero de los Wash-
ington. Los restos de Bolívar llegan a
Caracas.
Tolstoi, León: La leyenda del rico.
Unamuno, Miguel de: Parábola de los sega-
dores.

Uribe, J. Antonio: San Francisco y los pájaros.
San Francisco de Asís: Cántico de las cria-
turas.
Valera, Juan: El pescadorcito Urashina. El
espejo de Matsuyama.
Varios autores: Fábulas y cuentos en verso.
Epigramas.
Varona, Enrique J: Emerson dejó su minis-
terio sacerdotal.
Villanueva, Laureano: Clemencia del Maris-
cal Sucre.
Vives, Juan Luis: Solidaridad.
Whitman, Walt: Yo escucho el canto de la
América.

Diríjase a la Librería Tormo o al
Admor. del "Repertorio Americano".
El tomo de 160 páginas cuesta
¢ 1.25 (35 ctvos. oro am.)
Para sus hijos, para sus alumnos:
Como premio, como libro de lec-
tura. Para las Bibliotecas Escolares.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

